

La inteligencia artificial no va a destruirnos sola

Entre descubrimientos médicos, agentes autónomos y una carrera tecnológica que ya alcanzó el terreno militar, el verdadero problema sigue siendo humano: quién decide cómo usar el poder que estamos creando.

Por Rodolfo Izeppi



Hay algo inquietante cuando quienes construyen una tecnología comienzan a salir de las empresas que la desarrollan para advertirnos sobre ella.

En las últimas semanas volvió a ocurrir. Investigadores y responsables vinculados a laboratorios de inteligencia artificial han expresado públicamente su preocupación por una carrera que avanza hacia sistemas cada vez más capaces sin tener completamente resuelto cómo mantenerlos bajo control.

Conviene no exagerar. No existe consenso científico sobre una catástrofe inevitable y tampoco todas las renuncias obedecen a la misma razón. Pero las advertencias son suficientemente serias como para escucharlas.

Y aquí aparece una contradicción fascinante: nunca habíamos tenido una tecnología con semejante capacidad para ayudarnos y, al mismo tiempo, una herramienta con semejante capacidad para amplificar nuestras peores decisiones.

La inteligencia que puede salvar vidas

Antes de hablar de escenarios apocalípticos vale la pena recordar para qué está sirviendo la inteligencia artificial. Porque algunos resultados son impresionantes.

AlphaFold, desarrollado por Google DeepMind, consiguió predecir estructuras tridimensionales de proteínas a una escala que transformó la investigación biomédica. Hoy existen predicciones para prácticamente 200 millones de proteínas conocidas, y ese trabajo contribuyó al Premio Nobel de Química de 2024 otorgado a Demis Hassabis y John Jumper.

La IA también ha ayudado a encontrar posibles nuevos antibióticos, entre ellos abaucin, estudiado contra *Acinetobacter baumannii*, una bacteria especialmente difícil de tratar por su resistencia a medicamentos. No es lo mismo descubrir una molécula prometedora que tener un medicamento listo para la farmacia, claro. Pero la velocidad con la que estos sistemas exploran enormes espacios químicos cambia las reglas de la investigación.

También está entrando en los hospitales. Estudios recientes sobre mamografía asistida por IA han mostrado que puede ayudar a detectar más casos de cáncer de mama y, al mismo tiempo, reducir parte de la carga de lectura de los especialistas.

“Una máquina puede ayudar a encontrar un tumor. La misma capacidad de análisis también puede utilizarse para encontrar un objetivo.”

La misma tecnología puede mirar hacia otro lado

La capacidad para analizar millones de posibilidades puede buscar una nueva molécula o una vulnerabilidad informática. La visión artificial capaz de identificar una lesión también puede reconocer un objetivo militar. Y un agente que ejecuta durante horas una cadena de tareas puede servir para automatizar trabajo científico o partes de un ciberataque.

No necesitamos imaginar una computadora malvada que un día despierte con deseos de conquistar el planeta. Los seres humanos somos perfectamente capaces de encontrar malos usos por nuestra cuenta.

Los grandes laboratorios de IA ya han documentado intentos de utilizar modelos avanzados para operaciones cibernéticas, vigilancia, fraude y otras actividades dañinas. Lo que cambia ahora es que estos sistemas comienzan a actuar, no solamente a responder preguntas.

Cuando una herramienta puede actuar, quién le da las instrucciones importa mucho más.

La nueva carrera armamentista

Estados Unidos y China consideran la inteligencia artificial parte de su competencia económica, tecnológica y militar. Chips avanzados, centros de datos, modelos de frontera, drones, ciberdefensa y análisis automatizado de inteligencia forman ya parte de esa rivalidad.

Al mismo tiempo crece la discusión internacional sobre armas autónomas: sistemas capaces de seleccionar o atacar objetivos con niveles cada vez mayores de autonomía. Naciones Unidas y el Comité Internacional de la Cruz Roja han pedido reglas internacionales que preserven control humano sobre decisiones de vida o muerte.

Aquí aparece una historia que la humanidad conoce demasiado bien. Inventamos una herramienta. Descubrimos su utilidad militar. Después cada potencia concluye que no puede detenerse porque el adversario podría adelantarse. Y todos aceleran.

La diferencia es que ahora hablamos de sistemas capaces de aprender, producir código, analizar enormes volúmenes de información y coordinar tareas a velocidades imposibles para una persona.

El problema nunca fue solamente la máquina

Me parece que estamos planteando mal la discusión cuando la convertimos en una pelea entre quienes aman la inteligencia artificial y quienes le tienen miedo.

No se trata de eso.

La tecnología no necesita ser buena ni mala. Necesita estar bien gobernada.

Un bisturí puede salvar una vida y también puede utilizarse para hacer daño. La diferencia nunca estuvo en el metal. Estuvo en quién lo sostenía.

Con la inteligencia artificial ocurre algo parecido, solo que multiplicado por millones. De ahí la necesidad de ética, transparencia, auditoría, responsabilidad humana y regulación proporcional al riesgo. No tiene sentido regular igual una aplicación que recomienda música y un sistema capaz de operar infraestructura crítica, intervenir en decisiones médicas o participar en un conflicto armado.

Y Guatemala, mientras tanto

En Guatemala todavía estamos algunos pasos antes de esa conversación. El país no cuenta con una legislación específica e integral sobre inteligencia artificial y varias discusiones sobre datos personales, responsabilidad, propiedad intelectual y derechos digitales siguen abiertas.

Fuentes consultadas

Reuters; Nobel Prize; PubMed/The Lancet; Associated Press; Naciones Unidas; UNESCO; Congreso de la República de Guatemala; Ministerio de Gobernación. Consulta: septiembre de 2026.

Eso no significa que no se haya hecho nada. UNESCO y SENACYT presentaron un diagnóstico sobre el estado de preparación del país para la inteligencia artificial, y durante 2026 el Ejecutivo comenzó a trabajar en una estrategia para incorporar estas herramientas de manera responsable en la administración pública.

Son avances. Pero seguimos, en buena medida, diagnosticando y diseñando mientras la tecnología ya está aquí.

Guatemala debería estar pensando cómo utilizar IA para mejorar diagnósticos médicos, detectar fraude, apoyar agricultura, simplificar trámites, analizar patrones de criminalidad, reforzar educación y hacer más eficiente al Estado. Y, al mismo tiempo, decidir dónde no queremos que una máquina tome decisiones sola.

Las dos conversaciones deben ocurrir juntas.

“La inteligencia artificial no necesita tener malas intenciones para hacernos daño. Basta con que nosotros se las demos.”